

GABINETE

*¿de crisis?*

Yanira García



# GABINETE ¿DE CRISIS?

YANIRA GARCÍA

Edición en formato digital: Febrero de 2018.

Título original: Gabinete, ¿de crisis?

Copyright @ Yanira García, 2018

Diseño de portada: Alexia Jorques.

Corrector: Carmen Cayuela.

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

*«A veces solo necesitamos  
que alguien nos quiera  
mientras nos arreglamos  
nosotros mismos»  
Julio Cortázar*

## PRÓLOGO

—Pues tampoco es nada del otro mundo —digo con la vista fija en el edificio que se encuentra frente a mí.

—Nadie dijo que fuera a ser un edificio increíble, lo que sí te dije, es que vivir en la misma ciudad que yo lo sería —contesta Melissa de lo más burlona.

He llegado hace escasamente unas horas a Barcelona. Mi vida dio un giro de ciento ochenta grados en el momento en el que él decidió que yo no era lo que buscaba, pero sí mi compañera de trabajo. Estuve varias semanas llorando por las esquinas y lamentándome, hasta que mi padre y mi querida Melissa tomaron el control de la situación y me plantearon un cambio de vida, que comenzaba por un cambio de ciudad. Dejé atrás Madrid, de mi vida y de mi corazón, metí en la maleta todo eso que creí que me podía hacer falta —a quién voy a engañar, en realidad llené maletas y bolsas de viaje por doquier— y me planté en esta nueva ciudad, deseando descubrir que me depara esta nueva aventura y dejando atrás los amargos desazones del pasado.

Mi mejor amiga, Melissa, se encargó de buscarme un piso que estuviera cerca del suyo. Es organizadora de eventos, y el orden le corre por las venas. Nos conocimos en la facultad. Ambas nos matriculamos en la misma carrera: psicología, pero al cabo de tres años, se dio cuenta de que la mente humana no era lo suyo. Cambió radicalmente de vida y se embarcó en un proyecto que finaliza con su propia empresa, su propia clientela y un hueco en el mundo de los eventos catalanes —y a veces de otras ciudades—. No es que en Madrid no le fuese bien, ni mucho menos, pero digamos, que hasta en eso somos amigas; ella salió huyendo de una relación tormentosa y yo decidí poner tierra de por medio en mi propio tormento.

—Verás cuando veas lo espacioso que es el loft por dentro —está más emocionada que yo, lo noto en los pequeños saltos que da en la acera y las interminables palmadas que suceden a sus brincos—. Vamos, Vega —me apremia desde el portal.

—¡Qué pesada eres, Melissa! Tenía que haberme quedado en Madrid —la pico.

—¿Qué? ¿Estás loca? ¿Y perderte todo lo que nos tiene preparado esta ciudad? ¡Ja! ¡No te lo crees ni tú, bonita!

—¡Reconócelo, Melissa! ¡No puedes vivir sin mí!

—Más quisieras, chata. Mas quisieras...

A pesar de que nos separamos cuando ella se vino a vivir a Barcelona, no dejamos que la distancia nos alejara. Hablábamos constantemente, como si no hubiese un mañana, nos contábamos los chismes más truculentos y llorábamos de lo lindo cuando tocaba. Somos pura dinamita, un coctel explosivo, amigas del alma.

Tras terminar la carrera y hacer un Máster en Terapia Familiar y de Pareja, abrí mi propia consulta y me fue realmente bien. Comencé poco a poco. Es cierto que no fue sencillo, el que crea que es abrir un negocio —sea cual sea— y los clientes estarán afuera haciendo cola para que les prestes tus servicios, está más que equivocado.

Mi negocio, como muchos otros, funciona muy bien por el boca a boca, «cliente satisfecho, cliente que te recomienda» y a mí me gustaba tanto mi trabajo, que daba el cien por cien con cada paciente, y pretendo seguir haciéndolo. Solo cuando pones pasión y entusiasmo en lo que haces, puedes recoger frutos.

—Marc me ha dicho que este edificio es increíble —Melissa interrumpe mis cavilaciones—. Está muy cerca de la parada del autobús y del metro. No necesitarás usar ese medio de transporte que tanto te gusta conducir.

—Noto cierta ironía en tu tono, Melissa —pronuncio sarcástica.

—Vega, bonita —se para frente a mí y me sonrío cariñosa— tú y yo sabemos, que lo tuyo no es conducir, aún me pregunto qué harías para que te dieran el carné.

—Melissa, nena —repito sus palabras—, te puedo asegurar que lo que hice fue conducir, nada de lo otro que se te puede estar pasando por la cabecita loca que tienes.

Creo que el secreto de nuestra amistad, es que ambas tenemos caracteres muy parecidos, somos igual de analíticas, reflexivas, sarcásticas y por encima de todo, igual de directas y burlonas. ¡Ahh! y que no se me olvide: malhabladas. Lo dicho, un coctel explosivo.

—Inciso —me dice—, cerca de este edificio hay varios locales que se alquilan, quizás podríamos dar una vuelta para que los veas y tomes nota por si te interesa alguno y así puedas comenzar de cero.

Cuando tomé la decisión de mudarme, uno de los aspectos que más miedo e incertidumbre me creaban, era el de tener que dejar mi gabinete psicológico, pero sobre todo, dejar a mis pacientes, esos que durante tanto tiempo confiaron en mí y en mi trabajo. Evidentemente, el gabinete no cerraba, ni mucho menos, pero yo ya no podía seguir ejerciendo como socia de Yéssica —mi compañera de trabajo, ahora apodada como: «la zorra, perra, asquerosa sin escrúpulos» —nótese el tono de cariño en mi voz—. Era una situación insoportable para mí, porque me sentía profundamente traicionada por ella y por él, que no le quito culpa, y además dolida, porque ella me sonreía victoriosa y me corroía por dentro las ganas de agarrarla por el pelo y arrastrarla por la calle sin pararme a mirar siquiera si tropezaba contra las farolas. Sí, despecho lo llaman, no voy a negarlo, pero es que...hay que entender cómo me siento, la traición fue brutal.

Fran y yo, llevábamos saliendo varios años, y al igual que a Melissa, lo conocí en la Facultad y fue un flechazo en toda regla. Desde que nos vimos saltaron las chispas. Yo suponía que más temprano que tarde, llegaría ese día en el

que él hincaría una rodilla en el suelo y me pidiese matrimonio. Para ser más exactos, yo fantaseaba con eso día sí y día también. Cada San Valentín que pasaba, me levantaba y se encendía un letrero luminoso digno de Las Vegas, en el que se leía perfectamente: «este año sí, Vega».

¡Un poco estúpida sí que soy! A todos esos adjetivos que antes mencioné que compartía con Melissa, debo añadir que creía en el amor. Ahora, llevo tatuado en la frente ese... «a mí no me cogen más».

—Me parece una idea perfecta —finalizo—. Por cierto, ¿quién es Marc?

—Marc es un amigo. Lo conocí al llegar a Barcelona porque participó como fotógrafo en uno de los primeros eventos que organicé...es una larga historia. Él fue quien me recomendó esta zona. Vive en este edificio y cuando le comenté que tenía una amiga que quería venirse a vivir aquí, me dijo que su vecino de enfrente se había ido hacía unos días y que el loft estaba libre. Tiene buena relación con el casero así que habló con él y lo convenció para que lo reservara hasta tu llegada. Piensa la suerte que tienes, encima vas a contar con un vecino conocido y macizo como él solo.

—Lo de macizo te lo puedes ahorrar, ya sabes que yo lo que menos busco en este momento son líos con hombres —puntualizo.

—Eso es porque no conoces a Marc pero se te caerán las bragas nada más verlo, es mejor que lo vayas asumiendo, Vega —contrataca Melissa.

—Entiendo que eso lo dices porque fue lo que te pasó a ti, ¿verdad? —toma pullita.

Melissa niega con la cabeza.

—¿Estás loca o qué? Donde tienes la olla no metas la polla, ¿nadie te ha enseñado eso?

—¿Trabaja contigo? —pregunto curiosa.

Melissa vuelve a negar.



—No, es fotógrafo. Bueno, lo es, pero no profesionalmente. Se dedica a ello de manera esporádica, digamos que es su *hobby* aunque debo reconocer, y ya te darás cuenta por ti misma, que es buenísimo y que podría vivir de ello perfectamente. En realidad, es programador en una empresa de software.

—Vaya. Entiendo que sea fotógrafo entonces porque en su día a día no debe ser demasiado creativo.

—Jamás le digas eso a Marc porque tendréis tema de discusión durante horas. Él afirma y reafirma que su trabajo lo es. Es crear algo de la nada...

—Debe ser un friki de cojones —declaro rotunda—. Todos los informáticos son feos, gordos, sucios y con el pelo graso.

—Nada más lejos de la realidad, querida amiga.

Melissa me tiende las llaves de mi nuevo hogar. Las coloco en la cerradura y abro con sumo cuidado. Estoy nerviosa, lo reconozco.

Abro la puerta y lo primero en lo que me fijo es en que es un espacio totalmente diáfano. La pared del frente es de cristal.

—La luz aquí no faltará —le digo a Melissa embobada.

—Piensa en lo que ahorrarás en la factura.

El suelo es de parqué oscuro, perfectamente cuidado y pulido. A mano izquierda hay una estantería.

—Aquí hace falta un mueble para dejar las llaves.

—Pones una repisa y listo —mi amiga tiene respuesta para todo.

A mano derecha veo un biombo. Camino hacia él y veo un pequeño sofá cama. Y un armario frente a él.

—¡Mira! Para cuando te vengas a quedar —bromeo.

—Cuando duerma en esta casa, será en tu cama, contigo. Incluso, te dejaré abrazarme —se mofa Mel.

—Paso, que seguro que te tiras pedos —me burlo.

—Y tú roncas como una cerda y no te digo nada.

—Como Peggy —me cachondeo.

—Tú como siempre, una *basta pija* —finaliza Melissa.

—Sí claro, porque tú —le digo mientras la señalo con el dedo índice—, eres muy *cuqui*.

Mel me enseña la lengua mientras se ríe.

Camino unos pasos y llego hasta un pequeño sillón bi-plaza de color beis y un sillón orejero del mismo tono. Entre ambos hay una mesa negra. Bajo los ventanales se encuentra un televisor. El aparato de la calefacción está tras la mesa.

—No me gusta mucho la disposición del televisor —añado.

—Lo cambias y listo.

Al ser un espacio abierto, la cocina se encuentra al lado del pequeño salón. Debo reconocer que me encanta. La pared frontal está llena de electrodomésticos y muebles de almacenaje. En colores blancos y negros. La lavadora y la secadora se encuentran metidos dentro del mueble. Tiene una isla central enorme, con varias butacas negras que dan al salón. Hay una pared que separa la cocina del baño y está decorada con un papel pintado a juego con el resto de muebles de la estancia. Frente a esta pared, hay una mesa que da justo a la ventana, con dos butacas iguales a las que hay en la isla. Los desayunos con las vistas a la ciudad deben ser especiales.

—Me encanta la cocina —comento fascinada.

—La de Martinis que vamos a preparar aquí.

Vuelvo sobre mis pasos y veo que tras la pared de la cocina hay una de cerámica transparente. La puerta es blanca, corredera. Accedo al espacio y me encuentro una porcelana gris preciosa, muy delicada. Al fondo de la estancia hay un váter y varias estanterías, supongo que para colocar toallas y demás utensilios para el aseo. La ducha se encuentra dentro del espacio, como si de una habitación más se tratase. Es amplia y la cerámica que la separa del resto del baño es también transparente. En un lateral, hay otro aparato de calefacción.

—¡Cada vez me gusta más esta casa! —exclamo encantada.

Salgo a la estancia principal y observo que hay unas escaleras que suben a lo que parece, una segunda planta. Ascendiendo por ellas, y observo que el espacio que corresponde a la segunda planta, no es más que el suficiente para poner una cama. El cabecero de la misma es negro, y el somier es bajo. El colchón prácticamente está pegado al suelo.

—Me pido el lado derecho —se adelanta Melissa.

—Dormirás en el lado que yo quiera, ¡bonita! —le enseño la lengua risueña.

Las luces de esta casa están todas incrustadas en el techo.

—Definitivamente me va a encantar vivir aquí.

No es que sea un piso muy grande. Según me ha explicado Melissa, tiene unos ochenta metros cuadrados, pero para mí es más que suficiente ¡tampoco quiero un palacio!

—Marc me ha contado que hay solo ocho vecinos en este edificio, dos por planta.

Mi loft está en el último piso, por eso tengo unas vistas tan estupendas.

—Sin duda, me lo quedo —afirmo rotunda.

—Ya contaba con ello, es más, le había dicho a Marc que le dijera al casero que no hacía falta que lo mantuviera reservado porque cerrábamos el trato. El contrato lo tiene Marc, vendrá a traértelo más tarde.

—¿Pero...?

—¡Shhhh! —me chista—. No seas pesada. Subamos las maletas, que mi pobre coche desea recuperar su espacio. Eso de que traías cuatro cosas era broma, ¿no?

—Irónico. Cómo tu tonito antes.

—Bicha —escupe rabiosa.

—Boba —respondo.

—No empieces una guerra de insultos conmigo, bonita, te enseñé todo lo que sabes, ¡no lo olvides!

—Más quisieras tú... —inquiero.

—Mueve ese precioso culo que tienes, y bajemos a buscar la maleta.

Después de subir las maletas y de agradecer a todos los dioses de las diferentes religiones habidas y por haber que este edificio cuente con un ascensor, Melissa se despide y me deja sola en mi nuevo hogar.

Decido colocar en el armario que hay en la planta baja todas mis cosas. Los libros en la estantería de la entrada. Con la ropa, me detengo y cuidadosamente la coloco. Estoy convencida de que ésta será la única vez que veré mi armario acomodado a la perfección, el orden no es una de mis mejores cualidades, de Melissa sí, ¿pero mía? No, gracias. Yo soy bastante más desastre que ella. Recuerdo como Fran siempre me decía que debía ser más ordenada porque nuestra casa parecía una leonera. Leonera su puta su madre. Si es que... el premio a la más estúpida me tenían que haber dado, ¿cómo me lo creí todo? ¿Yo? Ironías de la vida...trabajo, mejor dicho, trabajaba, en un gabinete psicológico donde me encargaba de resolver conflictos de pareja y no supe ver los problemas de la mía.

Decido coger una chaqueta y salir a la calle en busca de un supermercado donde poder comprar algo de comer. La cocina no es mi punto fuerte pero comer sí, así que necesito cosas que poder llevarme a la boca cuando apriete el hambre o cuando tenga «mono» de algo dulce.

Melissa siempre me dice que tengo suerte porque puedo comer lo que quiera, que nunca se me acumula en ninguno de esos sitios de los que luego no se van jamás. Y no le quito razón pero es cierto que también me cuido bastante y me gusta salir a correr o ir al gimnasio, el sedentarismo no va conmigo ni ahora ni nunca.

Estamos en pleno mes de marzo, y aún hace frío. Esta mañana cuando pisé tierra catalana, estaba lloviendo, ¡vaya recibimiento! Ahora parece que el tiempo ha mejorado, aunque las nubes negras que cubren el cielo se resisten a partir.

Decido comprar varias cosas básicas. La chica del supermercado me dice que hacen entrega a domicilio y que, si quiero, puedo hacerles una lista con lo que necesito comprar y ellos se encargan del resto.

Vuelvo a casa con varias bolsas: agua, gel, champú, pan y chacina, refresco, ginebra y vermut. Lo que se dice, artículos indispensables en la casa de una chica soltera, con 35 años, joven —porque soy joven— y con penas que ahogar en alcohol.

Saco las llaves de la chaqueta justo cuando esas nubes que amenazaban con descargar, comienzan a soltar algunas tímidas gotas.

Entro en el ascensor y pulso el número cuatro, y al mismo tiempo, veo a alguien que abre la puerta que da a la calle. Creo que prefiero subir sola. Me gusta relacionarme con las personas pero las relaciones sociales con los vecinos no son mi fuerte. Me conformo con esos saludos por educación y poco más. La confianza da asco, y soy defensora de ese dicho, «si le das la mano, te cogen el brazo». Mejor marcar distancia y como decía mi madre: «cada uno en su casa, y Dios en la de todos». Tenía que haber seguido este consejo cuando la vecina de abajo me contaba sus fantasías sexuales, muchas de ellas, hechas realidad.

Llego al descansillo y suelto la bolsa, introduzco la llave en la cerradura y entro. Justo cuando voy a cerrar la puerta, me doy cuenta de que el ascensor se vuelve a abrir y que de él sale un chico ¿Marc? Será ese mi vecino. No me permito curiosear, sino que cierro la puerta antes de poder analizar con detenimiento a ese chico del que tanto me ha hablado Melissa.

Sin duda, debería ser amable con él; me ha conseguido un buen piso y se ha preocupado porque el casero me lo reservara hasta mi llegada. Quizás, otro día toque en su puerta y se lo agradezca.

Conforme dejo la bolsa con la compra encima de la isla de la cocina, oigo mi teléfono sonar dentro del bolso. La

ventaja de este piso es que no tengo que sortear muebles para llegar a las cosas. El espacio está abierto y tiene lo justo y necesario, ni más ni menos.

—Mery, ¿qué pasa? ¿cómo estás? ¿llegaste a Barcelona? ¿hay muchos maromos sueltos?

—¿Qué pasa, Leo? ¿me echabas de menos?

—Ya sabes que yo no puedo vivir sin mi amiga favorita.

Leonardo, Leo para los amigos —que son muchos—, es un amigo que hice cuando trabajaba en el gabinete en Madrid. Regenta una cafetería monísima, al lado de nuestro local, por lo que muchas veces iba a desayunar allí. El desayuno, dio paso a los picoteos del almuerzo y cuando cogimos confianza, terminábamos quedando para hacer cosas; salir, pasear, o nuestra mejor afición: criticar a Yéssica, «la zorra, perra, asquerosa sin escrúpulos». Leo fue un gran apoyo en mi ruptura, me fui a pasar unos días con él tras la separación, porque Fran y yo compartíamos casa. Al final, no volví. Recogí mis cosas y me instalé con Leo hasta hoy, que Iberia me trajo hasta aquí.

—Parece que no fue suficiente todas las semanas que vivimos juntas.

—Mery, la única pena, es que no pude tirar de la *chorbiagenda* esos días. Ahora que he calmado mis ansias sexuales...

—Hasta esta noche —le interrumpo.

—¡Cómo me conoces, Mery! Sigo. Ahora que he matado mis ansias sexuales y que vuelvo a ser yo, pensé «tengo que llamar a mi Mery para decirle que la echo de menos y que quiero que vuelva a casa». Nadie hace la salsa carbonara como tú, ni siquiera el del italiano de abajo, y eso que tú cocinas de pena. Mery, ¡cómo está el italiano! Por Dios bendito.

Se me olvidó decirlo; Leo es gay, pero gay, gay. Loca total, vamos.

—No hace falta que te diga, que cuando quieras venir a verme puedes hacerlo.

—Lo haré, eso no lo dudes. Primero conoce sitios de ambiente a los que llevarme y cuando tengas todo controlado, voy para allá —me suelta.

—Si tanto me echas de menos, el interés de la visita debo ser yo, no los locales que puedan haber.

—A ver, Mery, que yo te quiero mucho, pero tú sabes que tengo unas necesidades, y por muy buena que tú estés, no puedes satisfacerme.

—Maricón —me burlo.

Leo rompe a reír. Esa palabra entre nosotros nunca ha sido nada despectiva. Yo respeto su identidad sexual y él respeta la mía. Es más, «Mery» viene de ahí, es nuestra cariñosa abreviatura.

—Comepenes —me rebate.

—¡Le dice el cazo a la sartén! —exclamo riéndome—. Mery, deberías montar una cafetería de esas aquí, y venirte a mi lado —el chantaje con Leo funciona, así que lo suelto a ver si cuele.

—Pues no creas que es mala idea. Me lo voy a pensar. Mi hermana puede continuar con esta de aquí y yo ampliar el negocio...

Aplaudo animada.

—Con que te lo pienses me basta y me sobra —finalizo.

Terminamos de hablar. La verdad es que le voy a echar mucho de menos, porque, además del apoyo que me ha brindado durante mi ruptura, siempre ha estado para mí cada vez que lo he necesitado, sin preguntar siquiera el motivo. Es como Melissa pero en chico. Además, compartimos los mismos gustos, a los tres nos gustan los...bueno, ¡ya sabes!

Una vez cortamos la comunicación, vuelvo a la cocina, decido prepararme un bocadillo para cenar. Sí, vale, no es la mejor cena del mundo, pero tenía que matar el hambre con algo, y por lo pronto, con esto voy bien.

Enciendo la calefacción, porque comienzo a notar frío. Me meto en la ducha. Tras pelearme con el grifo, y ganar